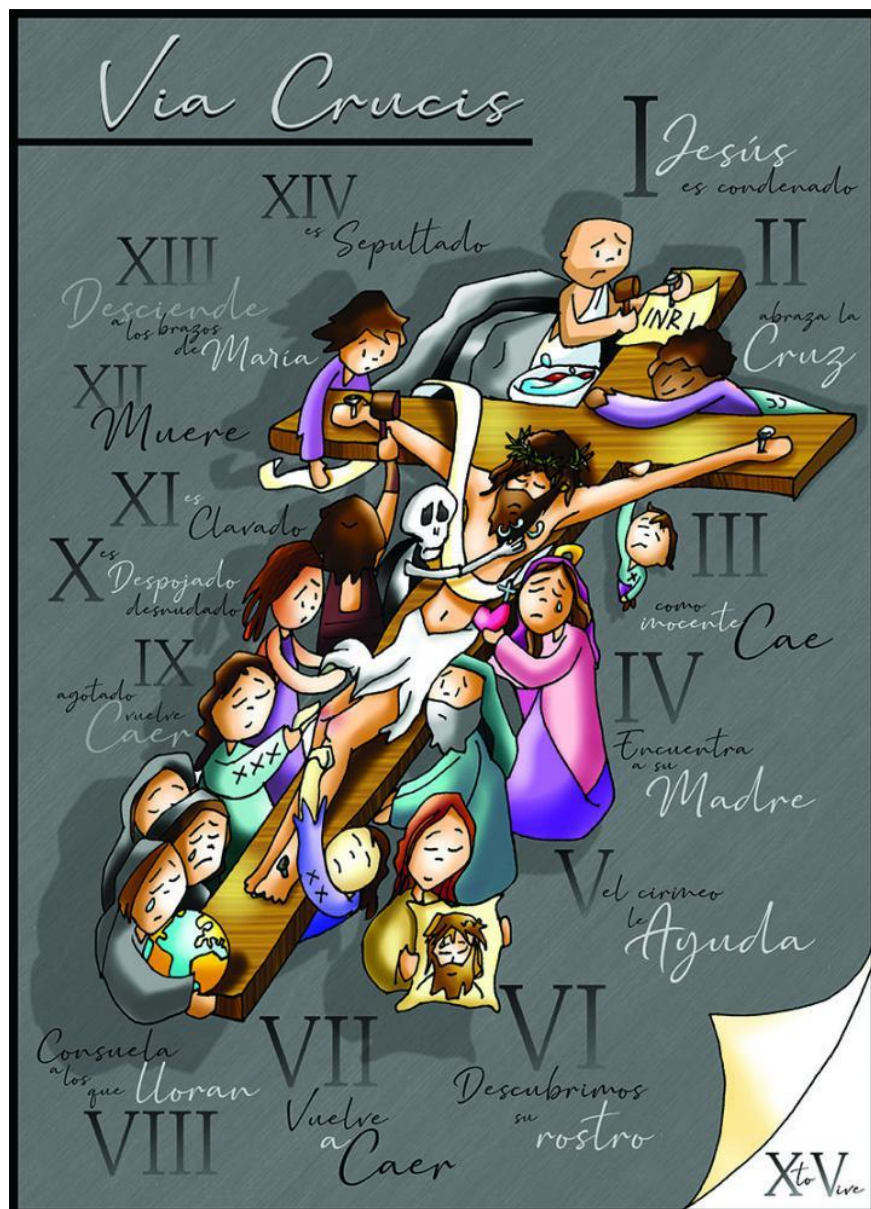




LECTIO DIVINA

TIDUO PASCUAL

Del 09 al 11 de abril de 2020



JUEVES, 09 DE ABRIL DE 2020

LA CENA DEL SEÑOR

Los amó hasta el extremo

Oración introductoria

Señor, que abra mi corazón a tus inspiraciones, y así poder cumplir siempre tu santa voluntad.

Petición

Que esta oración abra mis horizontes humanos y espirituales, que me dé la gracia para nunca estancarme en el conformismo o en la mediocridad.

Lectura del libro del Éxodo (Éx 12, 1-8. 11-14)

En aquellos días, dijo el Señor a Moisés y a Aarón en tierra de Egipto: «Este mes será para vosotros el principal de los meses; será para vosotros el primer mes del año. Decid a toda la asamblea de los hijos de Israel: “El diez de este mes cada uno procurará un animal para su familia, uno por casa. Si la familia es demasiado pequeña para comérselo, que se junte con el vecino más próximo a su casa, hasta completar el número de personas; y cada uno comerá su parte hasta terminarlo. Será un animal sin defecto, macho, de un año; lo escogeréis entre los corderos o los cabritos. Lo guardaréis hasta el día catorce del mes y toda la asamblea de los hijos de Israel lo matará al atardecer”. Tomaréis la sangre y rociaréis las dos jambas y el dintel de la casa donde lo comáis. Esa noche comeréis la carne, asada a fuego, y comeréis panes sin fermentar y hierbas amargas. Y lo comeréis así: la cintura ceñida, las sandalias en los pies, un bastón en la mano; y os lo comeréis a toda prisa, porque es la Pascua, el Paso del Señor. Yo pasaré esta noche por la tierra de Egipto y heriré a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, desde los hombres hasta los

ganados, y me tomaré justicia de todos los dioses de Egipto. Yo, el Señor. La sangre será vuestra señal en las casas donde habitáis. Cuando yo vea la sangre, pasaré de largo ante vosotros, y no habrá entre vosotros plaga exterminadora, cuando yo hiera a la tierra de Egipto. Este será un día memorable para vosotros; en él celebraréis fiesta en honor del Señor. De generación en generación, como ley perpetua lo festejaréis».

Salmo (Sal 115, 12-13. 15-16. 17-18)

El cáliz de la bendición es comunión de la sangre de Cristo.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios (1 Cor 11, 23-26)

Hermanos: Yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía». Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía». Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn 13, 1-15)

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando; ya el diablo había suscitado en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, la intención de entregarlo; y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe;

luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro, y este le dice: «Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?». Jesús le replicó: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde». Pedro le dice: «No me lavarás los pies jamás». Jesús le contestó: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo». Simón Pedro le dice: «Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza». Jesús le dice: «Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos». Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: «No todos estáis limpios». Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis».

Releemos el evangelio

Orígenes (c. 185-253)

presbítero y teólogo

Comentario sobre San Juan, § 32, 25-35.77-83

"Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo"

Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la mesa”. Eso que anteriormente no estaba en las manos de Jesús, ahora el Padre se lo pone en sus manos: y no unas cosas sí y otras no, sino todas. David había dicho: “Dijo el Señor a mi señor: siéntate a mi derecha, y haré de tus enemigos estrado de tus pies” (sl 109,1). Los enemigos de Jesús, en efecto, formaban parte de todo aquello que él sabía que su Padre le daba... A causa de aquellos que se habían alejado de Dios, él mismo se alejó de Dios, él que por naturaleza no quiere salir del Padre. Salió de

Dios a fin de que todo aquello que se había alejado de Dios, volviera de nuevo a él, y los llevaba entre sus manos, cerca de Dios, según su designio eterno...

¿Qué es, pues, lo que hacía Jesús lavando los pies a sus discípulos? Lavándose los y enjugándose los con una toalla que se había ceñido, Jesús ¿no devolvía la belleza a estos pies para el momento en que irían a anunciar la buena noticia? Me parece que es entonces cuando se cumple la palabra profética: “¡Qué hermosos son los pies del mensajero que anuncia la buena noticia! (*Is 52,7; Rm 10,15*). Pero, si lavando los pies a sus discípulos, Jesús hace que éstos se vuelvan bellos, ¿cuál no será la verdadera belleza de aquellos a quienes él sumerge enteramente “en el Espíritu Santo y el fuego” (*Mt 3,11*)? Los pies de los apóstoles se han embellecido a fin de que... puedan poner el pie sobre el camino santo y andar en aquél que ha dicho: “Yo soy el Camino” (*Jn 14, 6*). Porque a quienquiera que Jesús haya lavado los pies, y sólo él, sigue el camino de vida que conduce al Padre; en este camino no hay lugar para los pies sucios... Para seguir este camino viviente y espiritual (*Heb 10,20*)..., es preciso tener los pies lavados por Jesús que se ha quitado el manto... a fin de tomar en su propio cuerpo la impureza de sus pies con la toalla que fue su único vestido, porque “es él quien soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores” (*Is 53,4*).

Palabras del Santo Padre Francisco

«En los Getsemaní de hoy, en nuestro mundo indiferente e injusto, donde parecería que se asiste a la agonía de la esperanza, el cristiano no puede comportarse como aquellos discípulos, que primero tomaron la espada y luego huyeron. No, la solución no es desenvainar la espada contra alguien, ni tampoco huir de los tiempos que nos toca vivir. La única solución es el camino de Jesús: el amor activo, el amor humilde, el amor “hasta el extremo”. Queridos hermanos y hermanas: Hoy Jesús, con su amor sin límites, levanta el estandarte de nuestra

humanidad. Podríamos preguntarnos, al fin de cuentas: “Y nosotros, ¿lo lograremos?”. Si la meta fuera imposible, el Señor no nos hubiera pedido que la alcanzáramos. Pero, solos es difícil; es una gracia que debemos implorar. Se necesita pedir a Dios la fuerza para amar, decirle: “Señor, ayúdame a amar, enséñame a perdonar. Solo no puedo hacerlo, te necesito”. Y también pedirle la gracia de ver a los demás no como obstáculos y complicaciones, sino como hermanos y hermanas a quienes amar. Con mucha frecuencia le pedimos ayuda y gracias para nosotros mismos, pero qué poco le imploramos para que sepamos amar. No le rogamos lo suficiente para aprender a vivir el espíritu del Evangelio, para ser cristianos de verdad. Sin embargo, “a la tarde te examinarán en el amor”. Elijamos hoy el amor, aunque cueste, aunque vaya contra corriente. No nos dejemos condicionar por lo que piensan los demás, no nos conformemos con medias tintas. Acojamos el desafío de Jesús, el desafío de la caridad. Así seremos verdaderos cristianos y el mundo será más humano.» (*Homilía de S.S. Francisco, 23 de febrero de 2020*).

Meditación

Este amor del que nos habla el Evangelio es un amor único, porque se da hasta el extremo, es decir, un amor que no busca recompensa, que no escatima, que no tiene doblez; es un amor puro, radiante, que es capaz de dejarse clavar a un madero, para salvarnos. Este amor solo lo puede dar Cristo, el único que tiene un amor capaz de liberarnos, de salvarnos y de redimirnos. Contemplemos esta escena, no como simples espectadores, sino como otro discípulo; sentémonos a la mesa; dejemos que Jesús lave nuestros pies; mirémoslo a los ojos; veamos con qué ternura nos devuelve la mirada con cuánta misericordia nos regala una sonrisa para que nos sintamos amados, redimidos, salvados.

«Se puso a lavarles los pies a los discípulos y a secárselos con la toalla que se había ceñido.». El Rey de reyes, el Hijo de Dios hecho

hombre, lava los pies a los 12 apóstoles. No es un mero acto ni un simple simbolismo, nada más lejano que eso. Cristo nos da ejemplo y le pide que le imitemos. Hoy más que nunca podemos ser otros Cristos, al servicio del prójimo, de una forma muy simple, con la oración de intercesión; podemos pedir por todas las personas que están sufriendo en el mundo a causa de la pandemia. Puedes ser un médico con tu oración. La oración es la medicina que podemos ofrecer a esas almas, que hoy no encuentran esperanza, que no tienen consuelo, esas almas a las que Cristo hoy les está pidiendo ayudar a cargar su cruz.

«Les he dado ejemplo, para que lo que yo he hecho con ustedes, también ustedes lo hagan».

Quizás Jesús nunca nos pida lavarle los pies a nadie, pero nos puede pedir algo que nos puede costar un poco porque requeriría romper con nuestro orgullo, con la soberbia o con la comodidad. El lavar los pies al prójimo en nuestra vida puede traducirse en saber perdonar, en pedir perdón y en agradecer, cosas que, en muchos casos, nos llevan a ponernos en el lugar del otro, de empatizar y comprender. Hoy es un día en el que podemos hacer muchos propósitos, pero el mejor y el más importante tiene que nacer de un corazón verdaderamente contrito y con un deseo insondable de santidad, para poder llevar todas almas a un encuentro personal con Cristo.

Oración final

Fascinado por el modo con que Jesús expresa su amor a los suyos, Orígenes reza así:

Jesús, ven, tengo los pies sucios,
Por mí te has hecho siervo,
versa el agua en la jofaina;

Ven, lávame los pies..

Lo sé, es temerario lo que te digo,
pero temo la amenaza de tus palabras:

“Si no te lavo los pies,
no tendrás parte conmigo”

Lávame por tanto los pies,
para que tenga parte contigo. (Homilía 5ª sobre Isaías)

VIERNES, 10 DE ABRIL DE 2020

LA PASIÓN DEL SEÑOR

El misterio de la cruz.

Oración introductoria

Ayúdame, Señor, a entrar en el misterio de la cruz a tal grado que pueda vivir a tu lado este día. De esta forma, podré acompañarte en el camino que ha dado sentido a mi dolor y mi alegría.

Petición

Jesús, una vida enteramente transformada por Ti para nunca caer en la mediocridad o la indiferencia

Lectura del libro de Isaías (Is 52, 13—53, 12)

Mirad, mi siervo tendrá éxito, subirá y crecerá mucho. Como muchos se espantaron de él porque desfigurado no parecía hombre, ni tenía aspecto humano, así asombrará a muchos pueblos, ante él los reyes cerrarán la boca, al ver algo inenarrable y comprender algo inaudito. ¿Quién creyó nuestro anuncio?; ¿a quién se reveló el brazo del Señor? Creció en su presencia como brote, como raíz en tierra árida, sin figura, sin belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y

evitado de los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultaban los rostros, despreciado y desestimado. soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado; pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino; y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes. Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca: como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca. Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron, ¿quién se preocupará de su estirpe? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron. Le dieron sepultura con los malvados y una tumba con los malhechores, aunque no había cometido crímenes ni hubo engaño en su boca. El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento, y entregar su vida como expiación: verá su descendencia, prolongará sus años, lo que el Señor quiere prosperará por su mano. Por los trabajos de su alma verá la luz, el justo se saciará de conocimiento. Mi siervo justificará a muchos, porque cargó con los crímenes de ellos. Le daré una multitud como parte, y tendrá como despojo una muchedumbre. Porque expuso su vida a la muerte y fue contado entre los pecadores, él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores.

Salmo (Sal 30, 2 y 6. 12-13. 15-16. 17 y 25)

Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb 4, 14-16; 5, 7-9)

Hermanos: Ya que tenemos un sumo sacerdote grande que ha atravesado el cielo, Jesús, Hijo de Dios, mantengamos firme la confesión de fe. No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en

todo, como nosotros, menos en el pecado. Por eso, comparezcamos confiados ante el trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia para un auxilio oportuno. Cristo, en efecto, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial. Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que lo obedecen, en autor de salvación eterna.

Pasión de nuestro Señor Jesucristo según san Juan (Jn18,1-19,42)

¿A quién buscáis? A Jesús, el Nazareno

Cronista:

En aquel tiempo, salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, y entraron allí él y sus discípulos. Judas, el que lo iba a entregar, conocía también el sitio, porque Jesús se reunía a menudo allí con sus discípulos. Judas entonces, tomando una cohorte y unos guardias de los sumos sacerdotes y de los fariseos, entró allá con faroles, antorchas y armas. Jesús, sabiendo todo lo que venía sobre él, se adelantó y les dijo:

+ «¿A quién buscáis?».

C. Le contestaron:

S. «A Jesús, el Nazareno».

C. Les dijo Jesús:

+ «Yo soy».

C. Estaba también con ellos Judas, el que lo iba a entregar. Al decirles: «Yo soy», retrocedieron y cayeron a tierra. Les preguntó otra vez:

+ «¿A quién buscáis?».

C. Ellos dijeron:

S. «A Jesús, el Nazareno».

C. Jesús contestó:

+ «Os he dicho que soy yo. Si me buscáis a mí, dejad marchar a estos».

C. Y así se cumplió lo que había dicho: «No he perdido a ninguno de los que me diste». Entonces Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó e hirió al criado del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco. Dijo entonces Jesús a Pedro:

+ «Mete la espada en la vaina. El cáliz que me ha dado mi Padre, ¿no lo voy a beber?».

Llevaron a Jesús primero ante Anás

C. La cohorte, el tribuno y los guardias de los judíos prendieron a Jesús, lo ataron y lo llevaron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, sumo sacerdote aquel año; Caifás era el que había dado a los judíos este consejo: «Conviene que muera un solo hombre por el pueblo». Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Este discípulo era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús en el palacio del sumo sacerdote, mientras Pedro se quedó fuera a la puerta. Salió el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote, habló a la portera e hizo entrar a Pedro. La criada portera dijo entonces a Pedro:

S. «¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?».

C. Él dijo:

S. «No lo soy».

C. Los criados y los guardias habían encendido un brasero, porque hacía frío, y se calentaban. También Pedro estaba con ellos de pie, calentándose. El sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina. Jesús le contestó:

+ «Yo he hablado abiertamente al mundo; yo he enseñado continuamente en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he dicho nada a escondidas. ¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los que me han oído de qué les he hablado. Ellos saben lo que yo he dicho».

C. Apenas dijo esto, uno de los guardias que estaba allí le dio una bofetada a Jesús, diciendo:

S. «¿Así contestas al sumo sacerdote?».

C. Jesús respondió:

+ «Si he faltado al hablar, muestra en qué he faltado; pero si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?».

C. Entonces Anás lo envió atado a Caifás, sumo sacerdote.

¿No eres tú también de sus discípulos? No lo soy

C. Simón Pedro estaba de pie, calentándose, y le dijeron:

S. «¿No eres tú también de sus discípulos?».

C. Él lo negó, diciendo:

S. «No lo soy».

C. Uno de los criados del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro le cortó la oreja, le dijo:

S. «¿No te he visto yo en el huerto con él?».

C. Pedro volvió a negar, y enseguida cantó un gallo.

Mi reino no es de este mundo

C. Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era el amanecer, y ellos no entraron en el pretorio para no incurrir en impureza y poder así comer la Pascua. Salió Pilato afuera, adonde estaban ellos, y dijo:

S. «¿Qué acusación presentáis contra este hombre?».

C. Le contestaron:

S. «Si este no fuera un malhechor, no te lo entregaríamos».

C. Pilato les dijo:

S. «Lleváoslo vosotros y juzgado según vuestra ley».

C. Los judíos le dijeron:

S. «No estamos autorizados para dar muerte a nadie».

C. Y así se cumplió lo que había dicho Jesús, indicando de qué muerte iba a morir. Entró otra vez Pilato en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo:

S. «¿Eres tú el rey de los judíos?».

C. Jesús le contestó:

+ «¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?».

C. Pilato replicó:

S. «¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí; ¿qué has hecho?».

C. Jesús le contestó:

+ «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí».

C. Pilato le dijo:

S. «Entonces, ¿tú eres rey?».

C. Jesús le contestó:

+ «Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz».

C. Pilato le dijo:

S. «Y, ¿qué es la verdad?».

C. Dicho esto, salió otra vez a donde estaban los judíos y les dijo:

S. «Yo no encuentro en él ninguna culpa. Es costumbre entre vosotros que por Pascua ponga a uno en libertad. ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?».

C. Volvieron a gritar:

S. «A ese no, a Barrabás».

C. El tal Barrabás era un bandido.

¡Salve, rey de los judíos!

C. Entonces Pilato tomó a Jesús y lo mandó azotar. Y los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le echaron por encima un manto color púrpura; y, acercándose a él, le decían:

S. «Salve, rey de los judíos!».

C. Y le daban bofetadas. Pilato salió otra vez afuera y les dijo:

S. «Mirad, os lo saco afuera para que sepáis que no encuentro en él ninguna culpa».

C. Y salió Jesús afuera, llevando la corona de espinas y el manto color púrpura. Pilato les dijo:

S. «He aquí al hombre».

C. Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y los guardias, gritaron:

- S. «Crucifícalo, crucifícalo!».
- C. Pilato les dijo:
- S. «Lleváoslo vosotros y crucificadlo, porque yo no encuentro culpa en él».
- C. Los judíos le contestaron:
- S. «Nosotros tenemos una ley, y según esa ley tiene que morir, porque se ha hecho Hijo de Dios».
- C. Cuando Pilato oyó estas palabras, se asustó aún más. Entró otra vez en el pretorio y dijo a Jesús:
- S. «¿De dónde eres tú?».
- C. Pero Jesús no le dio respuesta. Y Pilato le dijo:
- S. «¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y autoridad para crucificarte?».
- C. Jesús le contestó:
- + «No tendrías ninguna autoridad sobre mí si no te la hubieran dado de lo alto. Por eso el que me ha entregado a ti tiene un pecado mayor».

¡Fuera, fuera; crucifícalo!

- C. Desde este momento Pilato trataba de soltarlo, pero los judíos gritaban:
- S. «Si sueltas a ese, no eres amigo del César. Todo el que se hace rey está contra el César».
- C. Pilato entonces, al oír estas palabras, sacó afuera a Jesús y se sentó en el tribunal, en el sitio que llaman «el Enlosado» (en hebreo “Gábbata”). Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia el mediodía. Y dijo Pilato a los judíos:
- S. «He aquí a vuestro rey».
- C. Ellos gritaron:
- S. «¡Fuera, fuera; crucifícalo!».
- C. Pilato les dijo:
- S. «¿A vuestro rey voy a crucificar?».
- C. Contestaron los sumos sacerdotes:

S. «No tenemos más rey que al César».

C. Entonces se lo entregó para que lo crucificaran.

Lo crucificaron; y con él a otros dos

C. Tomaron a Jesús, y, cargando él mismo con la cruz, salió al sitio llamado «de la Calavera» (que en hebreo se dice “Gólgota”), donde lo crucificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado, y en medio, Jesús. Y Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: «Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos». Leyeron el letrero muchos judíos, porque estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús, y estaba escrito en hebreo, latín y griego. Entonces los sumos sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato:

S. «No escribas “El rey de los judíos”, sino: “Este ha dicho: soy el rey de los judíos”».

C. Pilato les contestó:

S. «Lo escrito, escrito está».

Se repartieron mis ropas

C. Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, cogieron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron:

S. «No la rasguemos, sino echémosla a suerte, a ver a quién le toca».

C. Así se cumplió la Escritura: «Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica». Esto hicieron los soldados.

Ahí tienes a tu hijo. Ahí tienes a tu madre

C. Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre:

+ «Mujer, ahí tienes a tu hijo».

C. Luego, dijo al discípulo:

+ «Ahí tienes a tu madre».

C. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio.

Está cumplido

C. Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo:

+ «Tengo sed».

C. Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo:

+ «Está cumplido».

C. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

Todos se arrodillan, y se hace una pausa.

Al punto salió sangre y agua

C. Los judíos entonces, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día grande, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: «No le quebrarán un hueso»; y en otro lugar la Escritura dice: «Mirarán al que traspasaron».

Envolvieron el cuerpo de Jesús en los lienzos con los aromas

C. Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús aunque oculto por miedo a los judíos, pidió a Pilato que le dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Y Pilato lo autorizó. Él fue entonces y se llevó el cuerpo. Llegó también Nicodemo, el que había ido a verlo de noche, y trajo unas cien libras de una mixtura de mirra y áloe. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en los lienzos con los aromas, según se acostumbra a enterrar entre los judíos. Había un

huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto, un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la Preparación, y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús.

Releemos el evangelio

San Amadeo de Lausanne (1108-1159)

monje cisterciense, obispo

Homilía Mariana V,

Aparecerá el signo de la cruz

“¡Realmente, tú eres un Dios que se oculta!” (Is 45,15). ¿Por qué se oculta? Porque no le queda ni resplandor, ni belleza, y sin embargo el poder está en sus manos. Es ahí que se oculta su fuerza.

¿No estaba escondido cuando entregaba sus manos a las bestias y sus palmas a los clavos? El agujero de los clavos estallaba en sus manos y su flanco inocente se ofrecía a ser herido. Sometieron sus pies a las trabas, el hierro atravesó la planta de sus pies, sus pies fueron fijados al leño. Tales son las heridas que Dios ha sufrido por nosotros, en su propia casa y de mano de los suyos. ¡Qué nobles son esas heridas que han curado las heridas del mundo! ¡Qué victoriosas son esas heridas con las que mató a la muerte y fue devorado el infierno! (...) ¡Oh Iglesia, oh paloma!, tienes las cavidades de la roca y las aberturas de la muralla para reposarte. (...)

¿Qué harás (...) cuando vendrá sobre las nubes con gran poder y majestad? Descenderá en las llamas del cielo y la tierra y los elementos se disolverán ante el terror de su llegada. Cuando haya venido, el signo de la cruz aparecerá en el cielo. El Bien-Amado mostrará las cicatrices de las heridas y el sitio de los clavos, con los que lo has clavado en su propia casa.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Nunca os dejéis encerrar en la celda oscura de un corazón desesperado, no cedáis a la resignación. Dios es más grande que cualquier problema y os espera para amaros. Poneos ante el Crucificado, ante la mirada de Jesús: ante Él, con sencillez, con sinceridad. De ahí, de la humilde valentía de los que no se mienten a sí mismos, renace la paz, florecen de nuevo la confianza de ser amados y la fuerza para seguir adelante. Me imagino mirándoos y viendo en vuestros ojos desilusiones y frustración mientras en el corazón sigue latiendo la esperanza, a menudo ligada a la memoria de vuestros seres queridos. Coraje, no sofoquéis nunca la llama de la esperanza. Siempre mirando al horizonte del futuro: siempre hay un futuro de esperanza, siempre. Queridos hermanos y hermanas, reavivar esta llama es el deber de todos.» (Discurso de S.S. Francisco, 14 de septiembre de 2019).

Meditación

El misterio de la cruz nos muestra el camino que Dios recorrió en nuestro nombre. En este misterio se purificó nuestro pecado. No lo olvidemos, y seamos conscientes, pues valemos la sangre de Dios. Él vivió la locura del amor muriendo por nosotros. Si esto es verdad, no puede haber en nuestra vida espacio para la indiferencia.

Cuando tenemos esta convicción, nosotros mismos sentimos la necesidad de morir al hombre viejo y vivir conforme a la locura de una entrega incondicional. Nuestra convicción es real, el misterio de la cruz es real. Verdaderamente un hombre ha rezado toda la noche para poder beber el cáliz de la salvación. Ha sudado sangre. Todavía su corazón late velozmente, aunque esté cansado por el peso que lleva. Sufre, pero sufre libremente. Está triste, pero mantiene sus esperanzas. Humanamente nada tiene sentido. Lo que era expresión de cercanía y cariño, en este día se vuelve en signo de traición. Un beso que viene de uno de los suyos se vuelve signo de traición. Este amigo se deja

llevar por la inconciencia que esconde a todo un Dios. Ésta es una primera traición; después, poco a poco caen en la desesperación los que has llevado dentro de tu corazón.

Y así empieza el camino de la cruz, sufrimiento tras sufrimiento, soledad, angustia, dolor... Y Tú... es increíble... sigues manteniendo la esperanza. Sigues manteniendo el amor. Sigues encontrando la fuerza para cargar con la cruz. Es nuestra cruz, nuestra culpa, una culpa imposible de cargar. Caes, pero te levantas porque tienes clara tu misión. Una misión en donde buscas a todos los que se has perdido. Ésta es nuestra convicción, que Cristo nos ha amado en medio del misterio de la cruz. Ésta es una convicción real; tan real que no podemos ser espectadores, sino que sentimos la necesidad de vivir y experimentar este misterio que nos ha dado la salvación. Es la cruz lo que da sentido a todo, pues, a través del dolor, Cristo nos ha mostrado lo mucho que valemos para Él. Valemos la sangre de un Dios eternamente enamorado de nosotros.

Oración final

¡Oh Sabiduría Eterna!. ¡Oh Bondad Infinita! ¡Verdad Infalible!
¡Escrutador de los corazones, Dios Eterno! Haznos entender, Tú que puedes, sabes y quieres! Oh Amoroso Cordero, Cristo Crucificado, que haces que se cumpla en nosotros lo que tú dijiste: “Quien me siga, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8,12). ¡ Oh luz indeficiente, de la que proceden todas las luces! ¡Oh luz, por la que se hizo la luz, sin la cuál todo es tinieblas, con la cuál todo es luz. ilumina, ilumina e ilumina una y otra vez! Y haz penetrar la voluntad de todos los cooperadores que has elegido en tal obra de renovación.
¡Jesús, Jesús Amor, transfórmanos y confórmanos según tu Corazón!
¡Sabiduría Increada, Verbo Eterno, dulce Verdad, tranquilo Amor, Jesús, Jesús Amor! *(Santa María Magdalena de Pazzis, O. Carm., en La Renovación de la Iglesia, 90-91)*

SÁBADO, 11 DE ABRIL DE 2020
VIGILIA PASCUAL EN LA NOCHE SANTA
¡No tengas miedo!

Oración introductoria

Señor, te pido me concedas la gracia de abrir mi corazón a tu encuentro y experimentar el gozo y la esperanza de tu Resurrección, dejando entrar tu luz y tus palabras a toda mi vida. Concédeme descubrir y comprender, con un corazón sencillo, el profundo e inmenso amor por mí y todos los hombres,

Petición

Que mis buenas obras de este día alivien tu soledad, Señor y Dios mío.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 28, 1-10)

Pasado el sábado, al amanecer del primer día de la semana, María Magdalena y la otra María fueron a ver el sepulcro. De pronto se produjo un gran terremoto, pues el Ángel del Señor bajó del cielo y, acercándose, hizo rodar la piedra y se sentó encima de ella. Su rostro brillaba y sus vestiduras eran blancas como la nieve. Los guardias, atemorizados ante él, se pusieron a temblar y se quedaron como muertos. El Ángel se dirigió a las mujeres y les dijo: "No teman. Ya sé que buscan a Jesús, el crucificado. No está aquí; ha resucitado, como lo había dicho. Vengan a ver el lugar donde lo habían puesto. Y ahora, vayan de prisa a decir a sus discípulos: 'Ha resucitado de entre los muertos e irá delante de ustedes a Galilea; allá lo verán'. Eso es todo". Ellas se alejaron a toda prisa del sepulcro, y llenas de temor y de gran alegría, corrieron a dar la noticia a los discípulos. Pero de repente Jesús les salió al encuentro y las saludó. Ellas se le acercaron, le abrazaron los pies y lo adoraron. Entonces les dijo Jesús: "No tengan

miedo. Vayan a decir a mis hermanos que se dirijan a Galilea; allá me verán".

Releemos el evangelio

San Buenaventura (1221-1274)

franciscano, doctor de la Iglesia

El árbol de la vida,

Triunfó de la muerte

A la aurora del tercer día de sagrado reposo en el sepulcro (...) el poder y Sabiduría de Dios, Cristo, habiendo abatido al autor de la muerte, triunfó sobre la muerte. Nos abrió el acceso a la eternidad y resucitó de entre los muertos por su poder divino para indicarnos el camino de la vida. De pronto se produjo un gran temblor de tierra: el Ángel del Señor bajó del cielo (*cf. Mt 28,2*), vestido de blanco, rápido como el rayo. Se mostró manso con los buenos y severo con los malos. Asustó a los crueles soldados y dio confianza a las temerosas mujeres, a quienes el Señor resucitado apareció primero, ya que lo merecían por su vivo sentimiento de afecto. Después se apareció a Pedro (*cf. 1 Cor 15,5*) y a otros discípulos en ruta hacia Emaús (*cf. Lc 24,13*), luego a los apóstoles sin Tomás (*cf. Jn 20,19*). Cuando ofreció a Tomás de tocarlo, él respondió: “¡Señor mío y Dios mío!” (*Jn 20,28*). Durante cuarenta días se apareció de diversas formas a los discípulos (*cf. Hech 1,3*), comiendo y bebiendo con ellos. Iluminó nuestra fe con pruebas, eleva nuestra esperanza con promesas, inflama con dones celestes nuestro amor.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Resucitó de la muerte, resucitó del lugar del que nadie esperaba nada y nos espera -al igual que a las mujeres- para hacernos tomar parte de su obra salvadora. Este es el fundamento y la fuerza que tenemos los cristianos para poner nuestra vida y energía, nuestra

inteligencia, afectos y voluntad en buscar, y especialmente en generar, caminos de dignidad. ¡No está aquí...ha resucitado! Es el anuncio que sostiene nuestra esperanza y la transforma en gestos concretos de caridad. ¡Cuánto necesitamos dejar que nuestra fragilidad sea ungida por esta experiencia, cuánto necesitamos que nuestra fe sea renovada, cuánto necesitamos que nuestros miopes horizontes se vean cuestionados y renovados por este anuncio! Él resucitó y con él resucita nuestra esperanza y creatividad para enfrentar los problemas presentes, porque sabemos que no vamos solos. Celebrar la Pascua, es volver a creer que Dios irrumpe y no deja de irrumpir en nuestras historias desafiando nuestros «conformantes» y paralizadores determinismos. Celebrar la Pascua es dejar que Jesús venza esa pusilánime actitud que tantas veces nos rodea e intenta sepultar todo tipo de esperanza.» *(Homilía de S.S. Francisco, 31 de marzo de 2018).*

Meditación

La resurrección de nuestro Señor trae la verdadera paz y felicidad, dejando atrás todo miedo. Su resurrección llena de esperanza y gozo todo corazón que se encuentra hundido por la tristeza. El pecado no ha tenido la última palabra sobre nuestra vida, porque Jesús, al entregar su vida, amándonos hasta el extremo, no ha liberado de las ataduras que esclavizaban y oscurecían nuestra vida a causa del pecado. Gracias a la Resurrección del Señor, podemos descubrir el profundo significado y sentido que tiene su muerte en la cruz.

Los discípulos y las mujeres que habían seguido al Señor estaban tristes, experimentaban un gran dolor y desconsuelo. Su Maestro, su Señor, había sido condenado a muerte como un criminal; aquel hombre que había iluminado y transformado sus vidas desde el primer momento en el que se encontraron con Él, al experimentar su mirada y escuchar sus palabras, no está más. Experimentan el miedo ante los judíos. ¿Qué será de ellos, si con su Maestro han hecho tal cosa?, ¿qué harán con aquellos que le siguieron y afirmaban que Él era el Mesías, el

Hijo de Dios? ¿Ha sido todo en vano, una ilusión o una mentira? Sabemos la respuesta, pero no se trata de saberla, sino de experimentarla y vivirla; experimentar cómo Jesús resucitado nos sale al encuentro; escuchar sus palabras «no tengas miedo»; dejar que esas palabras entren el íntimo de nuestro corazón, lo llenen de luz, de paz, de gozo y de esperanza. Experimentar que el don de la fe que hemos recibido no es una ilusión, sino que es real, pero, sobre todo, que es vida. El Señor al resucitar ha vencido definitivamente el pecado y al diablo, ha derrumbado las murallas que obstaculizaban nuestro camino hacia la casa del Padre, nuestro verdadero hogar.

Que el gozo y la esperanza de la Resurrección guíen nuestra vida presente, sean el impulso, la fuerza y el sostén de nuestra respuesta libre y plena a nuestro Señor, como sus hijos, sus amigos y sus discípulos. El Señor, que nos ama infinitamente, desea que nuestra vida sea plena y feliz, por ello ha venido a este mundo, ha entregado su vida en la cruz y ha resucitado.

Oración final

¡Señor, para tí la noche es clara como el día!
Protégeme, Dios mío, que me refugio en tí.

Yo digo al Señor: “ Mi Señor eres tú, sólo tú eres mi bien”
El Señor es el lote de mi heredad y mi copa:
en tus manos está mi vida.

Me ha tocado un lugar de delicias
mi heredad es estupenda
bendigo al Señor que me aconseja
hasta de noche me instruye internamente
siempre me pongo ante el Señor
con él a mi derecha no vacilaré.

Por eso se alegra mi corazón y se gozan mis entrañas
y todo mi ser descansa sereno
porque no me entregarás a la muerte
ni dejarás a tu fiel caer en la corrupción
Me enseñarás el sendero de la vida
me llenarás de gozo en tu presencia
de alegría perpetua a tu derecha. (*Salmo 15*)